

infatuado en la pasión de un exclusivismo cualquiera, se cree redentor de la patria y es más bien elemento de decadencia; que se presume el último destello de la verdad y es antes un anacronismo viviente, una torpe caricatura del mal poeta romántico ó del filosofastro del siglo XVIII, por imitar las debilidades de los Rousseau, Voltaire y D'Alembert, ó bien de Bossuet y Massillon, pero careciendo de su genio, — y compara tan pobre estampa de retroceso y de vulgaridad y de petulancia y de anemia moral, con la sana silueta de los estudiantes ingleses, todo músculos, todo fuerza, todo actividad y disciplina y respeto y energía, ya en el campo del foot-ball, el cricket ó en las regatas, ya en el consultorio del tutor universitario, ó ya anotando cuidadosamente cada palabra que dice el profesor en la clase, ó ya en el coro del templo, cantando con voz varonil los himnos del *Common prayer*; cuando tal comparación hace, el viajero no podrá menos de dejar asomar á sus labios una sonrisa de satisfacción del amor patrio, la más justificada en esta ocasión, pues en pocas ó en ninguna otra hallará mejor sintetizada la grandeza del futuro de propios, por contraposición al remedo del pasado de extraños.

§ 20. EL «FAGGING» COMO ANOMALÍA TOLERADA POR EL ESPÍRITU INDIVIDUALISTA DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA ANGLO-SAJONA.

Ya he dado más arriba la sencillísima razón que existe para que no peligre el desarrollo de la individualidad del educando, por aplicación del método que he llamado de *actividad* de la instrucción pública inglesa; puesto que si tal sistema resulta aniquilador cuando está ejercido con el influjo, eficacia, prestigio y frecuencia de los padres, resulta otro en manos de los maestros. Pero, además, los maestros ingleses mismos no exageran su poder de tutores, y tratan de ejercerlo, aunque con mayor determinación que en la *home education* inglesa, también con mayores abstenciones de proceder que la educación privada francesa. Hay que formar en el carácter de cada uno la angular condición de la *self help* (ayuda propia). Enseñar á que se defienda de las asechanzas del prójimo con sus propios brazos, sin invocar jamás la ayuda ajena. Desde niño, el ciudadano debe saber que, para la filosofía británica, el estado natural del hombre es, como lo ha enseñado Hobbes, un estado de guerra...

Si se quiere una comprobación gráfica de este rasgo del espíritu de la instrucción pública del Imperio Británico, basta citar la ruda y tradicio-

nal costumbre que en sus escuelas se llama *fagging*. Consiste esencialmente en una cierta jurisdicción y un cierto derecho de mando que se adjudican los estudiantes mayores sobre los menores, y una cierta obligación correlativa de obedecer á aquéllos que á éstos se impone. Es una especie de derecho consuetudinario de los fuertes y experimentados de abusar sobre los débiles y sin experiencia al punto de obligarles á servirles, aun varias veces al día y á altas horas de la noche; á hacerles el lecho, lustrarles las botas, cepillarles la ropa y demás faenas domésticas. Practican tal costumbre desde las más bajas y pobres hasta las más aristocráticas escuelas; aun en Eton, Harrow y Rugby, aunque algo se haya modificado allí, se ve que, á pesar del alto respeto y diferencia de clases de Inglaterra, simples niños plebeyos imponen tales servicios á hijos de pares y de duques (1). En las Universidades mismas, donde tales prácticas no existen, porque la edad de los *freshmen* (estudiantes nuevos) no toleraría esas imposiciones, se marca en cambio una gran diferencia jerárquica entre esos *freshmen* y los estudiantes *seniors* (antiguos), al punto de que uno de aquéllos no puede ser presentado á uno de éstos sin su benévolo permiso, ni dirigirle la palabra si no se le conceden permiso ó

(1) *Tom Brown's school days.*

un gesto protector (1). En el clásico libro de las aventuras de Mr. Vernant Green, se describen con vivo colorido el ingenuo respeto de los *freshmen* para con los *seniors*, y la burlesca tiranía del experimentado sobre el novicio, á quien someten á una serie de pruebas, que son, si no tan brutales como la del *fagging* de las escuelas, otras horcas caudinas del ridículo...

«Aquí hay que hablar, dice Taine, de una institución chocante, el *fagging*, ó la obligación impuesta á los pequeños de ser los criados de los mayores. En Harrow, en Rugby y en algunos otros establecimientos se ha modificado, se ha atenuado, pero en sí nunca deja de ser mala, porque es una escuela de brutalidad, é impulsa al niño hacia donde ya se inclina, hacia todas las demasías á que propende el temperamento enérgico, violento, tiránico y duro. Una señora que conocemos nosotros, aunque á la verdad, de origen extranjero, no ha podido resignarse á que su hijo pase por el *fagging* y le ha puesto en un liceo de París...

»Según informes oficiales, los niños menores son criados y esclavos. Cada uno de los mayores obliga á varios de ellos á hacer sus mandatos, á limpiarle las palmatorias, á cortarle el pan y el

(1) Cuthbert Bebe, B.A.:—*The adventures of Mr. Vernant Green*, an Oxford Freshman.—137° millar; London, 1899.

queso, á despertarle á la hora señalada, á ayudarle en sus juegos, frecuentemente durante dos ó tres horas al día, á correr tras las pelotas y devolvérselas, á estar á sus órdenes mientras trabaja, hasta sufrir sus caprichos. En el colegio de Westminster la vida de un colegial pensionado de primer año es una servidumbre tan continua, que le es imposible sacar el tiempo indispensable para el estudio. Es un hecho, dice uno de los testigos, que desde el 1.º de Enero hasta el 31 de Diciembre, el joven colegial no dispone de un solo momento libre de interrupciones. Dos de los más jóvenes, designados por turno, se levantan á las tres y media de la madrugada para encender la lumbre, poner á calentar el agua y llamar á los que se lo han encargado. Muchas veces uno, á quien despiertan á las cuatro, no se levanta hasta las siete y media, y hay que estarle avisando de media en media hora... A cada niño le toca esa servidumbre dos ó tres veces por semana. Añádanse todas las del día á todas las de la noche. — A los alumnos antiguos les gusta mucho el te, y hay que dárselo tres veces cada noche, sin perjuicio del café... Cada dos minutos hay que llevar las teteras... — Uno de los testigos refiere que el sábado por la noche, día de salida en Westminster, cuando su hijo volvía del colegio, llegaba tan rendido que le faltaba el tiempo para irse á dormir. Para obtener una obediencia tan

puntual y minuciosa, los mayores recurren al terror. Las bofetadas y puntapiés no son para ellos más que una gracia corriente; eso no se mira como un castigo. El primer grado de los verdaderos castigos son las tandas de bofetadas; el paciente debe dejar caer los brazos y presenta el rostro á una docena de bofetadas á derecha é izquierda. Otras veces pone la palma de la mano sobre una mesa, y con el corte de un cuchillo de madera se le da en el dorso, á veces hasta hacerle una cortadura. Luego viene la paliza y después las dos especies de zurra. Se golpea la pantorrilla del niño con una pala de pelota que le desuella y le arranca sangre. Pone el pie á la altura de una mesa, el ejecutor toma carrera por detrás y la emprende á puntapiés sobre la parte así descubierta. Yo he oído hablar, dice un informante, de dos ó tres casos en que los niños fueron maltratados tan cruelmente, que durante mucho tiempo no pudieron tomar parte en los juegos ni en los demás ejercicios. A Tom Brown le mantearon con tales ímpetus, que fué á dar en el techo. Un día, habiéndose negado á vender á unos mayores su billete de lotería, le cogen, le tienden á la orilla del hogar encendido y le tuestan en tales términos, que está á punto de desmayarse. La cosa ha pasado; la novela no ha hecho más que copiar un suceso auténtico.

»Por otra parte, en las vidas de Cowper, de

lord Byron, de sir Roberto Peel, los hay también que sublevan. Cierto que lo que se acaba de citar son los más sombríos, y como los ingleses son perseverantes en materia de reformas, tiende á aclararse el cuadro. Pero, aun suponiendo consumada la reforma, siempre será penosa la impresión, porque, en resumen, la escuela, con tal régimen, es una especie de escuela primitiva, en la que impera la fuerza casi sin contrapeso, y tanto más cuanto que los oprimidos, por la negra honrilla, no quieren denunciar jamás á los opresores. El maestro *interviene lo menos posible*; no es como entre nosotros el representante perpetuo de la humanidad y la justicia; rarísimas veces y en muy pocos colegios se apela á él ó al consejo de los mayores. Los débiles están abandonados á sí mismos, no tienen más que aguantar y tener paciencia. Ahora, ¡qué tentación para un joven vigoroso que se poseione del poder y la fuerza de castigar! No es bueno dar rienda suelta á los instintos dominadores y brutales. El uso conduce siempre al abuso; exigiendo y maltratando, se acostumbra al niño á maltratar; nunca debe darse al hombre la ocasión de hacerse déspota y verdugo. En resumen: la educación comprendida así, no carece de analogía con la de los lacedemonios; endurece el cuerpo y temple el carácter; pero hasta donde yo puedo juzgar, lleva frecuentemente á hacer *sportmen* y caballerizos.»

Hállase en los biógrafos de lord Byron la anécdota documentada que con mayor elocuencia demuestra la rudeza del *fagging* en tiempos en que aquel poeta se educaba en Harrow, entre una juventud aristocrática por sangre, fortuna y talento. Cuentan que sometido un día un débil niño, que luego fué nada menos que el ilustre Peel, «á la ley de uno de esos tiranos de mayor edad que él, fué condenado al castigo de palos; y el pequeño tirano se preparó á propinárselos, dandóselos sucesivamente en la parte interna del brazo, y retorciéndolo de manera que el dolor fuese más agudo». Lord Byron, que era principal amigo del niño vejado, y presenciaba la ejecución tan hondamente conmovido como se puede suponer de su sensibilidad extraordinariamente intensa, se interpone preguntando «cuántos palos había que dar á la víctima. — ¿Qué te importa? le contestó el ejecutor. — Es que si os fuera igual, dijo humildemente lord Byron, quisiera recibir la mitad». Hay que estudiar desde su infancia el carácter del autor del *Child Arold*, para comprender cuál fué su singular altivez, el orgullo indomable de su fibra y de su raza, nunca desmentida desde la más tierna infancia, como atestiguan unánimemente sus contemporáneos, sus cartas y cuantos indicios hayan podido recoger sus biógrafos; sólo considerando ese temperamento, se puede comprender cuán absoluta, cuán inviolable sería la costumbre

de esa crueldad tradicional, para que tal carácter no pudiera manifestar contra ella mayor protesta que la oferta de recibir los golpes en cambio del *fag* que se castigaba.

En las Universidades, ciertas rudas burlas tradicionales que los estudiantes antiguos (*seniors*) se permiten con los bisoños (*freshmen*), continúan el sistema escolar del *fagging*. Pero, pasadas estas primeras burlas, la antigüedad resulta más bien un título de cortés respeto, y no razón de una tiranía que la edad de los estudiantes haría aquí mayormente absurda. El espíritu moderno ha paliado hoy la forma de aquellos desmanes, que no son ya tan brutales como en los tiempos de aventuras del clásico Mr. Vernant Green. Recordemos, con él, este clásico verso de Swift, que resume el valor pedagógico de tan bárbaras costumbres: *A college joke to cure the dumps...*

En resumen: el *fagging* es y ha sido, desde siglos, una costumbre sagrada en los liceos ingleses; ni el estudiante vejado se queja á la autoridad escolar, por un puntillo de infantil dignidad, ni la autoridad escolar interviene si no hay queja. La *seip help* es la primer noción del individualismo inglés filosófico y práctico del pueblo inglés. Por ello en su sistema de la instrucción pública, también por una pasividad neutral de las autoridades, se obliga á veces al niño á que use de sus puños en su ayuda propia, para abrir-

se camino y conquistar su posición social en su pequeño mundo, en lucha contra el despotismo de la jerarquía y de la fuerza. Empero, como en otros tantos rasgos, la forma, ya que no el espíritu de las viejas *public schools* evoluciona. La antigua rudeza escolar, típicamente sajona, se ha ponderado por la idea fuerza del *christian gentleman* que Arnold concretara como objeto de la instrucción pública inglesa. El *fag* no es ya un triste esclavo del estudiante más antiguo y mayor que lo dirige: es más bien su criado. Y cada día es menor su servidumbre.

§ 21. ESPÍRITU INDIVIDUALISTA PROTOTÍPICO DE LA EDUCACIÓN NORTE-AMERICANA

Cítase de continuo á la educación inglesa como la más eficaz para formar el carácter. El modelo es bien digno de ser estudiado bajo esa fase, pero su espíritu individualista ha adquirido, desligado de ciertas trabas de tradición histórica, proporciones tal vez más netas en los Estados Unidos de Norte-América. Los yanquis, que siguen los viejos rumbos de la *home education* británica, son maestros en el difícil arte de educar el carácter. Basta, para probar esa maestría, la observación siguiente: en casi toda la América española han caído la industria y el comercio, en sus empresas más lucrativas, en manos de ex-

trajeros inmigrantes, con quienes sólo excepcionalmente puede rivalizar la iniciativa de los criollos; en cambio, en Norte-América, le es ahora muy difícil progresar al extranjero, por la competencia, siempre triunfante, de los nacionales. No se achaque su victoria á preparación especial, á una *instrucción industrial* adelantada, sino al carácter. Quienes conocen la vida yanqui, bien lo saben: los norte-americanos triunfan por su espíritu práctico y emprendedor; no por conocer mejor *un* oficio ó profesión, sino por aprovechar las circunstancias para adoptar el trabajo que más les convenga, cambiando según las oportunidades; más que por sus conocimientos especiales, por su espíritu práctico y su carácter audaz y acomodaticio. Allí, como en Inglaterra, la base de la educación del carácter está en la *home education*, en lo que he llamado la *pasividad* de la *home education*, es decir, en el eterno *dejar hacer* á los niños lo que se les ocurre, para hacerlos responsables de sus consecuencias. En ningún país se ha llevado á más alto grado que en aquél esa doctrina, pues ha pasado de la educación doméstica á la instrucción pública. Su manera de obrar es inculcando al niño estos tres principios: que él es responsable de sus actos, y que por ello sólo se elevará por sí mismo (*self help*); que para crearse una buena posición social es indispensable que alcance, siguiendo la

senda que guste, á formarse una posición económica independiente; que esto sólo se consigue probando la suerte (*to try his luck*). Con tales principios, padres y maestros tratan de levantar el ánimo de sus hijos, para su prosperidad [y la de su patria.

Con este sistema alcanzan á veces los niños un precoz desarrollo para el comercio y las especulaciones. He aquí una anécdota gráfica que refiere un viejo diario de Nueva-York sobre el desarrollo prematuro de los habitantes del Oeste, que, á pesar de su ironía, es un halago para la vanidad nacional: «Jhonnie, dice un hacendista distinguido á su hijo menor, te daré un dollar si cavas el cuadro de terreno donde quiero hacer el nuevo jardín de tu hermanita. — Está muy bien, contesta éste, quedando al punto pensativo; mas le pediré á usted que me adelante el veinticinco por ciento sobre el precio estipulado en nuestro contrato, no porque ponga en duda su buena fe, sino porque necesito la suma como base de fondos. — ¿Qué quieres decir, Jhonnie? — Voy á explicárselo, padre: el quarter (cuarta parte de un dollar) que usted me dará, lo sepultaré en el cuadro de tierra; después reuniré á mis compañeros y les diré que un pirata ocultó en otro tiempo un tesoro en aquel sitio. Comprenderá usted que cuando uno de ellos haya encontrado el quarter, los demás cavarán á porfía; el trabajo quedará

concluído y yo tendré el setenta y cinco por ciento de beneficio sin cansarme; pero, además...— ¿Qué otra cosa hay? — Además, si encontrase el quarter yo mismo, los otros trabajarían con igual ardimiento, y el negocio resultaría más beneficioso aún; sería la misma jugada que aquella de que hablaba usted ayer á mamá, refiriéndose á cierta niña.» Y el padre derramó lágrimas de alegría, agrega el periodista, pensando cuán triste iba á ser para Jay y Rufus, el día en que su hijo llegase á la edad de hacer negocios.

§ 22. EL SISTEMA DE EDUCACIÓN QUE SE APLIQUE, ¿DEPENDE SÓLO DE LA VOLUNTAD DE LOS EDUCANTES Ó TAMBIÉN DE LA IDIOSINCRASIA DE LOS EDUCANDOS?

Es fácil decir, y aun demostrar, en abstracto, que tal ó cual sistema tiene estas y aquellas ventajas; pero en la práctica, ¿daría ese sistema los mismos resultados en individuos de diversas idiosincrasias?... He ahí una incógnita que ha preocupado muy poco á la didascología, y que, á mi juicio, es un problema capital. Siempre ha gustado á los filósofos dirigir la conducta de los hombres como si fueran títeres, y sin embargo, en el vasto escenario de la vida, no digo los hombres, ni los mismos niños se pueden manejar como títeres. «El hombre es lo que se le hace,» es la má-

xima fundamental de todos los grandes educadores; yo he pensado muchas veces si no sería más exacto decir que se hace al hombre lo que él quiere que lo hagan...

He proclamado el sistema anglo-individualista como el mejor modelo de educación doméstica. En teoría, no me ha sido difícil probarlo. ¿Qué resultados daría en la práctica, ensayado en toda su exactitud, en temperamentos latinos, impresionables y precoces?...

Yo creo que la educación que recibe el niño de sus padres depende en gran parte de la naturaleza del niño. A pocos padres se les ocurriría dirigir metódica y tiránicamente la conducta de hijos que, de suyo, se manifiestan independientes, enérgicos y arriesgados. Y á la inversa, á hijos vacilantes, timoratos y débiles, la prudencia paterna, casi diría la caridad paterna, guía en formas poco adecuadas para el libre ejercicio de su individualidad. Se puede dejar que sigan temporalmente una senda tortuosa quienes revelan condiciones para reaccionar; pero no se puede dejar de ensayarse, ni por vía de experimento, en esa senda tortuosa, erizada de breñas y espinas, á niños degenerados, emotivos y sugestionables. Por otra parte, niños emotivos y sugestionables requerirán en todo momento la ayuda de sus padres, quienes difícilmente se la negarán: niños fuertes y conscientes no han de solicitar tan mi-

mosamente esa ayuda, deseosos de dar golpes y recibir golpes. Aquéllos ansían el *dolce far niente* de la responsabilidad; éstos aspiran á iniciarse en *the struggle for life*. Este aspecto de la pedagogía se relaciona estrechamente con los fenómenos de la herencia y la degeneración de hombres y pueblos...

Obsérvese el efecto de los castigos, según quienes sean, por raza (herencia físico-fisiológica), los niños castigados. Los castigos corporales suelen ser una excelente medida para enderezar, en casos excepcionales de faltas graves, los niños germanos y sajones. Cuéntanos Lessing que la mejor lección que ha recibido en su vida fué «un bofetón á tiempo» (*eine Ohrfeige sur rechten Zeit*) que le aplicó un extraño, con motivo de haberle visto hurtar, cuando era adolescente, al pasar por un mercado público, una manzana. ¿Hubiera producido ese bofetón el mismo efecto en un niño del Mediodía, nervioso, impresionable, colérico, rápido y vengativo? Me atrevo á dudarlo. Los castigos corporales violentos ejercidos sobre individuos latinos, y especialmente hispano-americanos, producen la rebelión, la indisciplina, la irrespetuosidad, el desprecio y aun la revancha... ¡cuando no, si son muy frecuentes, la desvergüenza! No se puede tirar lo mismo de cualquier sogá: las más gruesas y mejor tejidas ofrecen una resistencia mayor; las más delgadas se rompen. Ningún

padre francés, por ejemplo, ni el más humilde, permitiría que su hijo se sometiera al *fagging* de las *public schools* más aristocráticas de Inglaterra, á la par de los hijos de los Pares. Porque semejante tratamiento lo haría rencoroso, escéptico y perverso, y hasta podría hacerle perder para siempre su dignidad, y aun falsearse el criterio de lo bueno y lo malo. En escuelas hispano-americanas el *fagging* sería imposible; el revólver de los más débiles, por débiles que fueran, contendría bien pronto los puños de los fuertes. De niño he cursado en Buenos-Ayres, en una escuela alemana donde los castigos corporales eran reglamentarios, y allí pude observar que, con gran prudencia, los maestros, que castigaban diariamente con su varita (*spanisches Rohr*) á los alumnos alemanes, no tocaban jamás á los criollos. ¡Y no porque fueran más aplicados! Igualmente, conozco infinitos casos que demuestran que la severa disciplina aragonesa de ciertos colegios de jesuitas españoles practicada en Sud-América, pierde mucho de su eficacia. Así, pues, el problema apuntado en este párrafo, aunque se relaciona más directamente á la educación privada, no carece de importancia para la instrucción pública.

Con todo, creo que el estudio crítico de los sistemas educatorios pueden ser de grande utilidad práctica. Creo que, «aunque no se pueda gobernar contra la corriente, se puede gobernar en la

corriente». Más aún: que casi nunca conviene dejarse gobernar por la corriente. — Creo que cualquier sistema educatorio será aplicable á cualquier individuo, restringiéndolo, modificándolo, adaptándolo á las peculiaridades de ese individuo. Por lo tanto, no resulta tan descabellada la base máxima, tácita ó expresa, de todos los pedagogos. Supongamos que «el hombre es lo que se le hace»... Y, ¿cómo hacerlo mejor, sino aplicándole, á veces tergiversando las corrientes naturales de su alma, el mejor sistema de educación?

Si es una ilusión de nuestro orgullo humano suponer que «el hombre es lo que se le hace», ello es una ilusión *relativa*, cimentada en lo más profundo de nuestra naturaleza: en la aspiración de progreso. ¡Y yo creo que tales ilusiones son siempre verdad! Es verdad todo lo que debe ser verdad. Y más todavía: creo que esas ilusiones, ó semi-ilusiones, son las verdades menos impuras, los astros más luminosos que nos sea dado vislumbrar en el firmamento, sobre nuestro valle de sombras...

CAPITULO III

Educación sectaria.

SUMARIO: § 23. Importancia y dificultades del estudio del sectarismo político-religioso en la instrucción pública. — § 24. — Diversa importancia del problema de la educación religiosa, según se trate de la instrucción primaria, secundaria ó universitaria. — § 25. Tres maneras típicas de considerar la religión respecto á la instrucción pública. — § 26. *Escuela laica*. — § 27. *Escuela confesional*. — § 28. *Escuela cristiana interconfesional* en Inglaterra. — § 29. Ideal de la educación *caballeresco-cristiana* de Arnold y Ruskin. — § 30. Complejidades psico-sociológicas del *interconfesionalismo* británico. — § 31. La *escuela interconfesional* en Alemania. — § 32. Superioridad de las *escuelas interconfesionales*. — § 33. Fatal ingrencia del Socialismo en la educación. — § 34. La educación ideal del Socialismo. — § 35. Valor anti-pedagógico del espíritu sectario del Socialismo. — § 36. Doctrina del moderno *Anticristianismo*. — § 37. Su absurdo como *medio* de educación. — § 38. Eficacia del cristianismo *interconfesional* como *medio* de educación. — § 39. Relativa utilidad del espíritu cristiano en la educación, según los educandos. — § 40. Ineficacia de la educación política.

§ 23. IMPORTANCIA Y DIFICULTADES DEL ESTUDIO DEL SECTARISMO POLÍTICO-RELIGIOSO EN LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

Clasificar las formas de los sistemas que se siguen en las diversas naciones del orbe civilizado en materia de instrucción político-religiosa, es tan